

dades de cada persona. Si para ciertas pequeñeces de la vida, se le notaba alguna vez falta de memoria, en cambio para las cosas sustanciales y para las necesidades espirituales la tenía vivísima y fidelísima. Todo el mundo sabe que auxilió pecuniariamente a cuantos pudo; que sostenía familias, que todo lo que pudo tener lo gastó en sus Obras de Beneficencia de que después hablaremos. Yo jamás pude darme cuenta de dónde tomaba para tanto gasto, siendo tan pequeñas las entradas, en relación con las salidas.

No obstante que frecuentemente se le oía hablar sobre la aflicción de su alma, al ver el desorden general del mundo, la falta de fé, el olvido de Dios y de los deberes cristianos, los escándalos sociales, el avance del espíritu del mal etc; se le veía siempre con gran serenidad, practicando una de sus más bellas doctrinas, y es la siguiente: que las almas buenas al paso que están más unidas con Dios, van participando más de la serenidad, inmutabilidad, y eternidad de Dios, sin turbarse por nada, cual si no estuviesen ya sujetas a la sucesión de los instantes, y al ir y venir de las estaciones, y de los acontecimientos generales o particulares de la vida.

Bastante habréis comprendido cual sería su espíritu de mortificación tanto interior como exterior. Parecía hombre sin pasiones ni apetitos. No se pertenecía a sí mismo, sino al prójimo. No se le veía tener curiosidad por nada; ni deseaba saber la vida de nadie, ni le llamaban la atención las noticias sensacionales del día y de los periódicos. Ni le llamaban la atención los descubrimientos modernos, ni manifestaba deseo de conocerlos o tenerlos para su uso. Para él los viajes eran un sacrificio.

A su cuerpo le concedía lo estrictamente necesario para sostener la vida, sin que dejemos de reconocer que no obstante su excelente constitución y organismo especial, había allí algo de preternatural en la conservación de aquella existencia, porque el alimento y el sueño cotidianos no habrían sido en manera alguna suficientes para sostener una labor cerebral tan fuerte y constante durante más de medio siglo, unidas a eso las continuas enfermedades, las grandes penas de su espíritu, y las

penitencias corporales, pues me consta que usaba cilicios y a veces las disciplinas eran de cadenillas de fierro.

Todo lo hacía servir a su espíritu de mortificación. Muchas veces, no una ni dos, le oía yo decir a la una o dos de la mañana, que ya se le reventaba el cerebro, que mucho le dolía el brazo izquierdo, que tenía muy fuerte el ardor de estómago, pero que debía contestar alguna carta de algún humilde Vicario de la sierra, fortaleciéndolo, consolándolo, o respondiendo alguna consulta; o mandar carta para Santa María del Mexicano. Me retiraba a descansar, y lo dejaba trabajando en su labor heroica de hacer la voluntad del Padre celestial, dando luz a las almas, a costa de sacrificios.

Después de la abrumadora tarea de 20 horas diarias de trabajo, pues su sueño no llegaba a cinco horas, su consuelo antes de ir a reposar en su lecho, era dirigirse al coro alto que quedaba a un paso de su aposento, y postarse ante el Santísimo Sacramento y estarse allí desahogando en su presencia. De esto fui testigo casi diario por largos años. Y no he dicho que él mismo personalmente curaba a los niños enfermos por las noches, y recorría el Colegio mucho después de la hora de silencio, antes de recogerse. Alguna vez me pareció por circunstancias especiales haberle visto pasar toda la noche en la tribuna que cae para el altar mayor, donde estaba el Sagrario.

Era un varón fuerte a toda prueba. Los grandes sufrimientos están hechos para las almas grandes. "El huracán no azota la yerba rastrera (como dice el mismo Señor en su Oración fúnebre del Sr. Camacho) ceba su furor impetuoso en las robustas encinas". No es tiempo todavía de analizar acontecimientos; me debo contentar con generalidades. El Sr. Rosas era fuerte en las enfermedades; nunca se le oyó quejar, y rara vez se le oía hablar de lo que estaba sufriendo. Tenía fortaleza en las demás penas físicas, fortaleza en las grandes penas de su espíritu, fortaleza en los contratiempos, contrariedades, obstáculos y dificultades que se le presentaban en las Obras que emprendía. Para el Sr. Rosas las dificultades le espoleaban para seguir con más brío, una vez conoci-

da la voluntad de Dios, a quien consultaba por medio de su continua y confiada oración.

No obstante su fortaleza, con ocasión de cierta gravísima aflicción de espíritu que le sobrevino, no se desdénó de ir a buscar ánimo y consuelo, en los consejos de una persona secular de grandes luces y grande alma, que aun vive. No de otra manera el Divino Salvador, en la noche terrible de la agonía, fué a buscar consuelo al lado de sus discípulos.

Una de las pruebas de que sus empresas y proyectos eran hijas de su grande fé, era que si alguna vez no conseguía resultado favorable, o no se le permitía llevarlas a cabo, lo dejaba todo a Dios, esperaba mejor oportunidad, no se desahogaba, murmurando de los superiores, o de las demás personas que intervenían, o achacando el éxito desfavorable a tal o cual cosa; no volvía a hablar del asunto.

Su adhesión a la Santa Iglesia era incondicional y absoluta. Se le ordenó que fuese al Concilio de Michoacán: me encargó el Seminario, partió para Morelia y se entregó al estudio, y ayudó con sus luces y buen espíritu a aquella Venerable Asamblea.

Habiendo opinado de cierto modo con razones de peso, varios Cabildos en un punto de Derecho Canónico, fué deputado el Sr. Rosas para que los representase en Roma. Cumplió su misión con toda fidelidad. En la capital del mundo cristiano se decidió lo contrario; humildemente recibió la resolución, la presentó a sus colegas, y jamás volvió hablar de aquella cuestión.

Para no omitir el hablar de las virtudes pequeñas de aquel siervo del Señor, debo decir que hay en los hombres grandes ciertas pequeñeces virtuosas, que no podemos practicar los pequeños, precisamente porque no somos grandes, pues para practicarlas se necesita un esfuerzo de espíritu grande. Pongo ejemplos: jamás se le veía a este Señor andar por las plazas, mercados y jardines, ni recorrer el comercio, aunque tuviese necesidad de algún objeto: se servía de otra persona, o prescindía de tenerlo. Le parecía indecoroso, como lo es, para un eclesiástico tal costumbre: jamás le veríais frente a algún

aparador; pero ni siquiera detenerse minutos en las calles. Otro ejemplo. Muchos años observé que de los regalos u obsequios que le hacían el día de su santo, aquellos que se presumía que mas podían servir para su uso o para ornato o necesidad de su capilla de Santa María, donde tenía puesto su corazón, no los tocaba: se estaban por allí a la vista, arrinconados, empolvándose un año o mas, hasta que, según entiendo, les perdía el afecto, entonces les daba su destino. Ya os dije que jamás leía periódicos, que podrían informarle del estado moral del mundo. También os he dicho que no era nada curioso en ver escritos ajenos o saber noticias que no le interesasen. No olvidaba ningún beneficio recibido por pequeño que fuese, y en eso manifestaba también su humildad; porque es propio de los humildes no ser ingratos. Si su abstinencia y templanza es la que habeis visto, sin embargo, cuando le llevaban los niños o niñas o alguna persona extraña algún regalito o golosina, no se hacía del abstinente; delante de ellos tomaba o gustaba algún pedasito con hartamiento de gracias a Dios, sin saciarse de aquella fruta o manjar. En sus relaciones epistolares con personajes distinguidos por su saber o virtud, era muy parco: él atribuía esa su costumbre a su rusticidad y falta de tiempo; pero a mi entender, no era ni lo uno ni lo otro, sino que de tal manera se circunscriben los siervos de Dios al círculo de labores que les ha impuesto, su majestad, que no quieren oír mas, ni saber mas, ni entender en otra cosa que en el trabajo rudo y árido de aquellos deberes, y a él consagran todos sus instantes. Este estado de los justos es perfecto y heroico.

De propósito he reservado para este lugar, hablar de la casa de Santa María. Esta fué una de las reformas radicales que hizo el Señor Rosas a la organización del Seminario; reforma que fué seguida después por otros Seminarios del país.

Desde muy al principio de sus trabajos en el Seminario, notó el Señor Rosas, que después de las vacaciones anuales, cuando los alumnos internos regresaban de sus hogares, volvían de allá unos por un motivo y otros por otro, perezosos y desaplicados para el estudio, con mas fal-

ta de piedad, o con alguna costumbre inmoral contraída, o amortiguadas las señales y prendas de la vocación al estado eclesiástico; y anduvo estudiando mucho tiempo el medio o modo para conseguir que los alumnos no saliesen en las vacaciones a sus casas. Veía para realizarlo mil dificultades, v. g. grandes gastos nuevos, oposición de las familias, disgusto de los mismos alumnos, nueva esclavitud de los empleados del Seminario para aquellos dos meses, peligros materiales para los jóvenes, no contar con local a propósito etc.: Años enteros hizo algunos ensayos. Comenzó a llevar en el tiempo de vacaciones a tres o cuatro alumnos, entre ellos al que habla, a diversas partes: un año nos llevó a Colón y Tequisquiapan: otro a la sierra de Jalpan; en otro a Tampico. Madurado ya su plan fué a conferenciar con el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis Dr. Ramón Camacho; y como los hombres grandes presto se comprenden y se ayudan, quedó resuelto lo que se había de hacer; y ya en adelante, iba todo el Colegio a vacaciones a alguna finca de campo. Mas no contaba el Seminario con alguna finca propia, hasta que Dios le preparó la que hoy se llama Santa María del Mexicano o Guadalupe. Era dueño de la Hacienda "El Lobo" por ese tiempo, el Sr. D. Juan de Dios de la Mota (que en paz goce). A él se dirigió el Sr. Rosas, suplicándole tuviese a bien venderle un pedazo de terreno para edificar la finca proyectada. El Sr. Mota por su bondad dejó al Sr. Rosas eligiese el terreno que fuese de su agrado. Estipulados ya precio y cantidad de terreno, señaló el Sr. Arcediano un lugar, quizá el mas áspero e inculto, de toda la Hacienda en el fondo de una cañada, rodeado de grandes riscos y acantilados, a orillas de un torrente. Yo vi aquel lugar cuando era joven: era un pequeño potrero, cercado de piedras rústicas, muy árido, con grandes peñas salientes en el suelo, un cuartucho que abrigaba un manantial de agua termal, y cerca un árbol del Perú. Ahora tenéis allí un gran edificio de vastos salones, en medio de un verdadero bosque de altísimos cedros y de gran número de árboles frutales: flores de todos matices y perfumes completan el cuadro. Más allá serpentea el arroyuelo, cuyas aguas hacen oír su agradable murmullo

Dos presas alimentan aquellos vergeles: tiene una hermosa capilla donde muchos años se ha celebrado el Santo Sacrificio, y veréis también un gran templo empezado a levantar en honra de la Sagrada Familia Jesús, José, María, Joaquín y Ana, del cual solo le fué dado al Siervo del Señor, ver concluida la cripta y algo de las paredes. ¡Cuántas veces al ir descendiendo el viajero hacia la finca oía salir del recinto de la capilla un gran coro de alabanzas divinas, de los alumnos o de los labriegos del lugar, y que hacía eco en las laderas y peñascos del contorno! ¡Cuánto amaba el Sr. Rosas a Santa María! Allí iba a descansar de la vida de ciudad. Allí se entregaba de lleno a las elevaciones de su espíritu. Allí se le veía mas contento, y festivo y como en su centro. Ya contaba con casa propia para sus niños y niñas, a los cuales llevaba en diversas épocas a vacaciones, y les decía con amor que todo era para ellos y ellas. ¡Qué sudores le había costado aquello! ¡Cuántos miles de pesos había erogado con mil sacrificios! ¡Cuántos viajes de día y de noche por aquellos cerros! Pero su corazón había descansado Abrigaba la esperanza de poner algún día el Clerical en aquella casa, para tener a los Ordenandos más alejados del espíritu maligno del mundo. El cielo no se lo concedió; pero su deseo ya ha sido premiado allá arriba. ¡Cuánto gozaban los niños y niñas en aquellos paseos con la presencia y santa conversación de aquel santo Señor! Iba por los campos cogiendo florecitas al par de los alumnos, y tejiendo coronitas para la Virgen de Guadalupe de la Capilla; o bien se sentaba en un prado, y les hablaba de las bellezas de la naturaleza y de la gloria; de la hermosura del Paraíso celestial, o de la Omnipotencia de Dios en la creación de la florecita o del insecto. Le hubierais visto cargando a las espaldas hasta llegar a la finca algún niño que ya no tenía calzado para que no se lastimase su pie. Le hubierais visto comprarles a los niños el calzado roto; y llevar por las noches el agua caliente y darles los baños de pies a los enfermos. Le habríais visto cuidar la fruta de los árboles, ordenando a los jornaleros y empleados no la tocasen, porque era para sus niños y niñas. No es para contar la

fiesta que hizo en la Coronación de la Guadalu para el Oratorio. En la Plática de la tarde, derramó su corazón como nunca, deshecho en lágrimas, delante de la Santa Señora. Cada año celebraba con solemnidad la fiesta de Nuestra Señora de la Cueva Santa, ora porque era fiesta tradicional de familia, ora porque era aniversario de su ordenación sacerdotal. En la fiesta de fin de siglo, contempladle allí en la cumbre de uno de los cerros más altos que circundan la finca, rodeado de los alumnos y de los jornaleros del lugar, plantando una cruz colosal en honor de Cristo Rey. Años antes, había mandado colocar otra de cantera a orillas del camino más frecuentado de la casa y no pasábamos por allí, sin que rezase con todos nosotros tres Credos al Verbo Redentor. Mucho habría que hablar de aquel santo lugar, pero el tiempo ya no lo permite. Solamente quiero añadir, que la elección de aquel lugar para vacaciones, estuvo muy bien pensada y muy conforme a su espíritu. San Pedro de Alcántara para la reforma de la Orden Franciscana eligió el desierto del Abrojo, y San Juan de la Cruz para la Reforma de la Orden de los Carmelitas escogió el Desierto de Duruela sabiendo que en lugares semejantes se forma el espíritu macizo, sólido y varonil, y no muelle y delicado. Aquella plantación de cedros era muy conforme al temperamento poético místico del Sr. Rosas, a lo San Juan de la Cruz. Nunca me paseaba yo por aquella selva de cedros, sin recordar la estrofa del autor de la Noche oscura:

En mi pecho florido
Que entero para él solo se guardaba.
Allí quedó dormido
Y yo le regalaba
Y el ventalle de cedros aire daba

Y aquella otra del Cántico espiritual:

Mi amado las montañas
Los valles solitarios nemorosos
Las insulas extrañas
Los ríos sonorosos
El silvo de los aires amorosos.

Para dejar concluido este primer punto, y pasar con brevedad por los dos restantes, consignaré aquí, que en los últimos años de su vida de Seminario, es decir en 1898 hizo su Peregrinación a los Santos Lugares, anhelo de todas las almas de fé, para conocer, adorar, y bañar con sus lágrimas el suelo benditísimo, divinizado por las huellas de un Hombre que es Dios, o de un Dios que es Hombre y vivió entre nosotros.

Fuera imposible trasladar en estos apuntes los conceptos y sentimientos que brotaron de su alma al recorrer con la fé más viva, aquellos sitios que aun los ángeles contemplan con ternura. Me limitaré a copiaros aquí a la letra una sola carta para nuestra edificación.

Jerusalem, Abril 5 de 1898

Caro Daniel:

Dios te guarde: sea esta para tí, como para mis hermanas, y todos nuestros carísimos en el Señor.

Desde el 3 del presente hasta la fecha, como es de suponerse no tengo noticia de V. V.; más creo que al volver a Roma encontraré tus apreciables, que leeré con mucho agrado. ¿Porqué no he escrito? ¿Y porqué lo hago hoy Miércoles Santo, estando en Retiro espiritual, que su Divina Majestad nos está concediendo? No podré decírtelo, porque sería largo, y solo te diré; que el amor es eminentemente comunicativo, y que este me mueve a decirles algo de lo que su Divina Majestad nos concede en esta santa Ciudad.

¡Qué bondad la de estos Religiosos Franciscanos! ¡Con cuánta caridad, benevolencia, eficacia y finura nos tratan, en todo, por todo y para todo! Son más que amigos, más que hermanos: tienen para sus peregrinos corazón de padre, entrañas de madre. Si vieras cómo, merced a su cariño, medio del que la Divina Providencia se ha servido, hemos dicho la Santa Misa en el Santo Sepulcro, en el lugar de la Crucifixión, en el lugar en que la Santísima Virgen estuvo mientras clavaron a su Dios Hijo, en el lugar en que estuvo en fin la hermosa paloma de los Cantares, pendiente de la Cruz del Unigénito del Padre,

y donde recibió el cuerpo sacrosanto desclavado por los santos José y Nicodemus; en la Flagelación, en Getzemaní; en donde habló Jesús Dios con Santa María Magdalena después de resucitado; en la casa de Santa Isabel donde fué la Visitación; en Emaús donde estuvo Jesús vida Nuestra con S. Cleofas y su hijo; en Jericó....

Miren, admiren y agradezcan a nuestro buen Dios tantos y tan singulares favores, que, concedidos a nosotros son de ustedes y para ustedes, tanto más que pueden serlo para nosotros. Creedme, hijitos míos: jamás se ha conmovido tan profundamente mi alma: jamás he sentido tanto amor, jamás mi corazón había experimentado tanta gratitud a su Dios: no sé cómo vivo; no sé cómo puedo escribir, lo que escribo... mi pecho ya es estrecho para que quepa mi corazón, que se revienta de fruiciones de amor, de pena, de gozo, de anonadamiento, de gratitud, de súplicas, de... stipate me floribus quia amore languo.... Vengo continuando esta (carta) el Sábado Santo 9 y por esto, una palabra, amados míos, de lo que el Señor y la Santísima Virgen ha hecho conmigo ayer, luego con todos ustedes. Ayer, ayer, Viernes Santo! Con solo decirles que la mano de Nuestro Dueño nos ha tenido (puedo decirlo) todo el día en el monte Calvario y Santo Sepulcro hasta las once de la noche, Carísimos míos! ¡En el monte Calvario! ¡En el Santo Sepulcro! ¡Qué viacrucis de la una a las tres! ¡qué tres de la tarde!... ¡sobre las rocas del Gólgota!... Andaba el corazón de un lado a otro de los lugares en que despojaron a Nuestro Dios de sus vestidos... en que lo crucificaron... donde estuvo la Madre Dolorosa... donde enarbolaron la cruz! y en ella al Crucificado!... donde rogó la víctima por sus Verdugos... donde mirando el Dios moribundo a la Virgen Madre la dijo: Ecce filius tuus!... donde al venturoso ladrón "hoy estarás conmigo en el paraíso... donde (dijo) sed tengo... donde Consumatum est... donde, en tus manos encomiendo mi espíritu... donde, inclinando la cabeza, expiró....

Carísimos míos: nunca creí que el Señor nos tuviera reservado en los secretos de su misericordia y de su amor estar un Viernes Santo en el Calvario, regando con las

lágrimas de mis ojos (que son los vuestros) los lugares mismos en que lloró la Virgen sobre las huellas de sangre que dejaba el Amado de su alma....! ¿Aceptaría el mandal de lágrimas que me dió? de otra cosa dudaría; mas de que las lágrimas de la madre tienen que mezclarse con las de sus hijos, y en su propio seno? aunque quisiera, no podría dudarle. Dulce más que la miel la amargura de mi llanto, acariciando, buscando estas sagradas peñas... posando mi frente, mis mejillas, otras y otras veces... sobre de ellas. ¡Qué saciedad tan insaciable! ¡Qué felices somos! Estima mi alma este beneficio, en prenda segura de nuestra predestinación!!... Ya es el Domingo de Resurrección! Sin haberlo intentado, por más que ardentemente lo deseaba, celebré el Santo Sacrificio en el mismo Sepulcro.... ¡Qué no vería mi alma! ¡qué pasaría en mi corazón, entre los divinos corazones de Jesús, María y los de San Juan y la Magdalena?... Jesús no me dijo: noli me tangere: pues que ni los ángeles me dijeron Non est hic: ni me lo encontré... El vino cuando lo llamé... me le abracé... me lo estreché... y me lo comí... ¡Oh corona de mis coronas! Oh sello de nuestras diademas! Quid mihi est in coelo, et quid volui super terram? Por ahora, sufficit. Dios mediante, pasado mañana 12 abordaremos en Jafa, de regreso para Brindis; pasando de vuelta por Alejandría. Con cuanto sentimiento dejaremos a esta Jerusalem; pero ¡vamos! que volveré a este Valle de Josafat; y todos unidos en el goce, en el que dijo por su voluntad que partiremos a la Celestial Jerusalem, cerca muy cerca del Monte de los Olivos de donde el Señor subió a los cielos. De Brindis a Nápoles, de Nápoles a Roma; y después, ignoro lo que el Señor tendrá dispuesto.

Adios, Tu afmo.

Solo las almas que viven de la fé, son creadoras de ese lenguaje.

Me cabe la satisfacción, y debe caberos también a muchos de vosotros, que el Señor Rosas en cierto modo es deudor de haber gozado de tanta dicha; pues recordaréis que, no habiendo sido su intención ir hasta Je-

rusalem; por carecer de recursos, solicité de sus amigos y conocidos una suscripción, con cuyo resultado ya pudo ir.

El Sr. Rosas como todos los Siervos de Dios, era devotísimo del Augusto Misterio de la Santísima Trinidad, de la Pasión del Señor, del Santísimo Sacramento, de María Santísima, de Sr. San José, de las almas del Purgatorio, de las reliquias de los Santos. Ya recordaréis con qué gozo espiritual y devoción, salió a recibir las reliquias de San Mansueto; cómo le mandó hacer una caja hermosa y artística de cedro para guardarlas, y cómo después mandó hacer una bella escultura del Santo, en cuyo pecho depositó aquellos santísimos restos. Omnia opera ejus in fide!! (8)

II.

Réstanos ver, siquiera sea someramente, su vida de Apóstol.

Era yo bastante joven, cuando oí saludar al Sr. Rosas (en un día de su santo, en el Seminario), por uno de nuestros vates queretanos * diciéndole en una bella poesía: "Salve Apóstol del pueblo queretano" En efecto ya lo era. Esto pasaba allá por los años de 1876.

El apostolado del Sr. Rosas podemos decir que fué de tres especies: en el púlpito, en el confesonario, y por sus cartas. El Sr. Rosas fué todo un orador sagrado. Poseía las dotes necesarias para oficio tan alto y divino. Talento profundo, imaginación brillante, vasta erudición sagrada, fácil palabra, vida ejemplar, espíritu de oración, ardiente zelo de la salvación de las almas, presencia majestuosa, mirada penetrante, declamación adecuada y varonil, voz fuerte, limpia y metálica: añádase a lo dicho gran conocimiento del corazón humano, de la situación general del mundo y de la Iglesia, conocimiento teórico y experimental de los males de la sociedad en medio de la cual vivía, y de sus remedios.

Si por ventura me preguntaseis, a mí que le traté tantos años, en qué libros preparaba sus sermones? os diré

(*) P. Velázquez.

con verdad, que yo le conocí tres: Cristo crucificado, la Sagrada Escritura y el corazón humano.

En efecto. Aun cuando allá a los principios de su Apostolado, me mandaba que le buscara en la Biblioteca del Seminario; algún comentador de la Biblia o algún Santo Padre de la Iglesia, y le leía una media hora; mas, cuando ya llegó, digamos así, al completo desarrollo de su fuerza apostólica, ya no se servía de ningún libro. Jesucristo Crucificado era su ciencia, como la de San Pablo: de allí sacaba sus luminosas ideas, sus ardientes conceptos y sus palabras de fuego.

Poseía la Sagrada Escritura como ninguno de los Señores sacerdotes que yo he conocido: había aprendido a interpretarla entre las hayas y encinas de los bosques, como San Bernardo, siendo su Maestro el Espíritu Santo. En los poquísimos escritos que nos dejó, se ve luego su versación en los hechos y personajes de ambos Testamentos; así como en sus sermones, cartas y conversaciones saltaba a la vista, que se había asimilado una infinidad de textos de la Escritura, y que cada día recibía luces nuevas sobre sus sentidos morales y místicos. Me hizo aprender de memoria tres de los Libros sapienciales cuando yo tenía 13 años, y un año antes de que muriese me recomendó diese algunas lecciones de Sagrada Escritura a los pocos teólogos que había, no enseñándoles precisamente estudios críticos sobre la Biblia, cuanto el modo práctico, sencillo y humilde de leer, conocer, amar, explicar y aprovechar tan sagrado volumen.

El corazón humano, lo estudiaba a diario en sí mismo, en el confesonario y en el trato con las gentes.

Esa es la explicación del éxito inmenso de su predicación apostólica.

Los temas y asuntos de sus sermones, vosotros lo sabéis bien; eran las grandes y terribles verdades de la fé y de la Religión, los dulcísimos Misterios de la Encarnación, Redención y Eucaristía, las Fiestas y Advocaciones de María, las grandezas de los Santos, los pecados, las virtudes, las promesas eternas, las obligaciones de los padres de familia y de los diversos estados de la vida. Su estilo era claro, sencillo, inteligible al sabio y al idiota, sabien-

do acomodarse siempre al auditorio. Nada de sutilezas científicas, ni de frases huecas o rebuscadas: sin perder nada la majestad de la exposición, y siempre con una elocuencia arrebatadora. Pertenece a la Escuela de los Avila, Estela y demás predicadores del siglo de oro de España. Del apóstol de Andalucía B. Juan de Avila se dice en su vida que había recibido del cielo un grande y especial conocimiento del Misterio de la Encarnación del Verbo: cosa idéntica podemos asegurar del llorado Sr. Rosas. No habréis olvidado que en sus últimos años casi no había sermón o plática en que no hiciese alguna reflexión o consideración o alusión a tan tierno Misterio, repitiendo con un sabor especial las palabras "Et Verbum caro factum est"; y ¿quién no recuerda, que en los días de Gloria de Ejercicios, hacía llorar apenas empezaba su lectura en Refectorio * con aquellas palabras: "El Verbo se hizo carne". Jamás en el Universo ha aparecido un hombre tan dulce, tan virtuoso, tan benéfico y tan amable" etc. Era sobresaliente en todos los géneros de predicación: en la Catequesis, la Homilia, el Panegírico, la Conferencia, y las Pláticas Morales.

¿Quién no recuerda aquellos sermones de Ejercicios, en que los varones más graves lloraban como unos niños? Yo le ví en una tanda de Ejercicios, terminado el sermón, descender a besar los pies de los Ejercitantes uno a uno; por supuesto que el auditorio se anegaba en llanto. ¡Cuántas conversiones se debieron a su palabra inspirada! Todas ellas están escritas en el Libro de la Vida! ¿Quién ha olvidado las Conferencias del Liceo Católico? las Pláticas dominicales de Santa Teresa? ¿Quién ha olvidado aquel sermón de acción de gracias después del descarrilamiento del tren? le oí decir entonces a una persona no vulgar, que le había parecido estar oyendo a Masillón: y el Sermón del desagravio por el robo sacrílego? Recordáis el texto? . . . Si tu sustulisti eum, dic mihi ubi posuisti? Si tu lo has llevado, dime donde lo has puesto? Y el de la Canongía Magistral? y los de las fiestas de amapolas? y los de la Virgen de Guadalupe? y tantos otros? Pero donde verdaderamente se estrenaba, como

* Del Evangelio en Triunfo, Carta XVI.

que se le decirse, era en las Pláticas a los Ordenandos, y en las Pláticas a las Religiosas. Cierto, era luz de nuestra Iglesia Catedral y Cabildo, luz del Seminario, luz del Liceo Católico, luz de las Casas Religiosas, luz de la sociedad. Por mucho tiempo serán luz de nuestros hogares, sus doctrinas, sus consejos, sus sentencias, sus frases, sus palabras. Es asombroso el número de sermones que predicó en más de 50 años de Apostolado! No creo que haya rincón de nuestra Diócesis, donde no se le haya oído. No dudarlo, brillará en el cielo con la aureola de Doctor en perpetuas eternidades! Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellae in perpetuas aeternitates! *

Y qué diremos de su Apostolado en el Confesonario? Los que le vieran, sin conocerle, tan dedicado de día y de noche a la difícil, penosa y molesta tarea de dirigir almas, habrían dicho que no sabría hacer otra cosa: era insustituible en el Santo Tribunal. Si en el púlpito era un Avila o un Vicente Ferrer, en el Confesonario era un Felipe Neri, un S. Juan B. Rossi, o un S. Juan Vianey, cura de Ars.

Si el P. Maestro Avila decía que entre mil confesores hallaría apenas un verdadero director espiritual; podríamos asegurar que entre nosotros el Sr. Rosas era ese uno entre mil.

Su prudencia y discreción de espíritus, sus luces, su ciencia, su fortaleza, su longanimidad, daban a conocerlo un perfecto director. No le gustaban las medidas a medias, su rectitud era inflexible como la de una escuadra. No cabe duda que es más eficaz la palabra del confesor que la de la Cátedra Sagrada, para la dirección de las almas y sus avances en las vías del bien y de la perfección, porque es encaminada directamente a una sola meta. ¡Cuántas almas salvó por este medio del sacramento de la Penitencia! Su infatigable tesón en confesar arrojaba su grande fe y su espíritu de mortificación. Cuántas veces le sentimos llegar al Seminario a las dos de la mañana, que volvía de confesar en las Casas de Ejerci-

* Dan. XII.

cios! Naturalmente en los Ejercicios infinidad de personas deseaban confesarse con él.

Había leído la Vida del Santo Párroco de Ars S. Juan Vianey que vivió en el siglo XIX; libro que le regaló el caritativo Párroco Sr. Guisasola, y repitiendo la frase de aquel Santo Cura, decía: "Solo confesando, se pueden ver las ruinas y daños que hizo a la humanidad el pecado de Adán" A imitación de S. Juan B. Rossi canónigo de Roma, que renunció la Canongía para dedicarse enteramente al confesonario, el Sr. Rosas prefería esta santa ocupación a otras santas prácticas del ministerio sacerdotal.

Pero veamos el otro ramo de su Apostolado: el de sus relaciones epistolares. Todos los eruditos convienen en dar la preferencia a las cartas de los Santos Padres sobre sus demás escritos, porque en ellas se derrama todo el hombre. Allí se admiran con mayor claridad, sus cualidades personales, su genio, su prudencia, su solitud pastoral, la fuerza de su espíritu, su candor de alma, su humildad, su corazón por entero. Es una predicación secreta y confidencial a domicilio para una sola alma. Si el orador ya murió, si el confesor ya no existe, la carta es un predicador continuo a quien podemos consultar cuando queramos: delante de aquella carta, por ella y con ella lloramos, nos avergonzamos y confundimos, o nos consolamos y confortamos, sin que nadie nos vea. ¿Quién no ha leído las del dulcísimo S. Francisco de Sales, o las sustanciosas y luminosas del P. Maestro Avila? Así me parecen las del Sr. Rosas. Tiempo vendrá que se coleccionen, para provecho de nuestra sociedad, y se verifique lo de S. Pablo: defunctus adhuc loquitur, ha fallecido y sigue hablando.

A su apostolado podemos reducir su pasión por las peregrinaciones. ¿Quién no admiraba ver a aquel anciano de casi 70 años ir a pié, con sus achaques, desde Querétaro hasta la Villa de Guadalupe? recorrer 60 leguas en pocos días y varias veces volverse de la misma manera. ¿Qué infinidad de detalles de sacrificio en cada peregrinación!

* Prefacio a las Epístolas de S. Gregorio Papa.

¡Cómo aprovechaba la oportunidad el Apóstol para su obra de robustecer la fé en los centenares de peregrinos que por hambre de verle y oírle le acompañaban: los sermones, el confesonario, las conversaciones por el camino, todo le servía para difundir su espíritu. Además de la Peregrinación al Santuario de Guadalupe, bien recordáis que os llevaba en peregrinación al Santuario de Nuestra Señora del Pueblito, y a los alumnos del Seminario y a las niñas del Colegio de la Madre, al Santuario de Nuestra Señora de Soriano, a dos leguas de Santa María, en las vacaciones.

Creo no ser fuera de propósito, decir aquí dos palabras sobre aquella especie de peregrinación que hizo por obediencia al Prelado, en la última época de su vida a varias poblaciones y aldeas de la Diócesis, con el santo fin de organizar de un modo eficaz y duradero la Colecta en las Parroquias foráneas, para la construcción incoada de la nueva Catedral.

En cada una de estas obras o trabajos emprendidos, por los siervos de Dios, se sabe o se oye decir el objeto y el fin, y nada más; pero, los pormenores, las circunstancias, los móviles internos, quién es capaz de enumerarlos, pesarlos y comprenderlos? Quedan por lo general ocultos a los ojos de los hombres, aunque muy patentes y realzados a los de Dios. *

Un anciano de 70 años, con el cuerpo agobiado y acrimado de achaques y trabajos, que apenas puede montar en un caballo, se dirige por esos pueblos de Dios, de día o de noche, en día sereno o lluvioso, nublado o con el sol mas ardiente, con alimento o sin él, por valles y montañas, pasando a veces la noche en pésimos albergues, para verlo todo, informarse de todo, para hablar con su espíritu de fé a toda clase de personas, y tomar las medidas convenientes para el noble objeto de su misión.

Veíle en cierta ocasión en el camino de Amealco, al pié de una encina casi moribundo: atacado de un fuertísimo dolor de estómago, que le obligó a bajarse del caballo; quedando entretanto frente a él contemplándole

* Spirituum ponderatur est Dominus. Prov.

31
84

su fiel compañero el P. Acosta, sin poder hacerle nada en aquel desierto.

Habiendo dejado ya organizadas algunas Parroquias, se le ordenó que no continuase en aquella labor, heroica para su edad y pésima salud.

Demos una ojeada a las demás Obras que llevó a cabo su celo por el bien social.

Lo primero que hace un hombre llamado por Dios para representarle en la Tierra, en su acción de repartir verdades y bienes y curar males sociales, es estudiar el momento histórico de su aparición en medio de la sociedad; estudiar el estado del mundo actual, sus llagas, los males y sus causas; los remedios que pueden tener, y aquellos que él puede aplicar. Si así lo hizo, este Venerable Varón, lo dejó a vuestra reflexión.

La reforma de la familia por la mujer, y de la sociedad en general por el sacerdote, parece que fueron las dos miras principales de este apóstol. Oíde como se expresa en la Oración fúnebre del Sr. Camacho:

“Son las madres cristianas, los Apóstoles domésticos, los vehículos natos de la fé, las cisternas misteriosas de Persia donde el fuego de la caridad disfrazado en el líquido que, ahora circule por sus venas, ahora destile por sus pechos, ni es sangre, ni es leche: es el espíritu puro del amor divino”.

De allí nació su empeño en que el Seminario llegase a la altura de su verdadera misión; y la creación del Colegio de niñas dirigido al principio por la Madre Salvadora, el del Verbo Encarnado etc. La creación del Liceo católico, era justamente una necesidad entre nosotros. La formación de obreros verdaderamente útiles a la sociedad, y que se santificasen en sus propios oficios y talleres, fué el fin de la Escuela de Artes. La aspiración de muchas jóvenes a la vida religiosa, excitó en su espíritu la idea de preparar una casa para estas almas de elección y lo realizó en la casa que recordaréis de la calle del Chirimoyo, y en otras casas que no ignoráis. Las niñas y jóvenes, que por la pobreza corrían grandísimo peligro de perder su pudor y su alma, hallaron un asilo salvador en el taller de Carmelitas. La sociedad en general, que vi-

viendo en el ambiente apestado de miasmas mortíferos, camina a la perdición, si no camina con cautela, viendo donde pone los pies, y estando alerta contra los furiosos ataques del mundo, demonio y carne, le hizo idear una especie de Orden Tercera, a la que llamó “Unión Cristiana” cuyas bases se publicaron, y fué iniciada solemnemente en este santo templo.

¿Y la Escuela de Canto, cuánto no le debe al Señor Rosas? Se puede decir que también es una de sus Obras. Por su instinto de todo lo bueno y bello fundado en fé, y por herencia del Santo Padre Castro, tenía mucho amor al Canto Llano y a la verdadera música Religiosa. Hablarían por mí las cartas dirigidas por el Señor Rosas a Europa al Señor Presbítero D. J. Guadalupe Velázquez, alentándole, iluminándole, fortaleciéndole, llenándole del espíritu propio para aquella alta y trascendental misión de la restauración en todo México del verdadero canto y música, exclusivos de Dios y de su Iglesia; no menos que a su segundo cooperador, el modesto cuanto inteligente Sr. Profesor D. Agustín González, confortándolo en sus decepciones artístico-religiosas, sosteniéndole con la fé y con los ideales del desinterés más puro, en la causa de Dios y de su Iglesia, y con las promesas de una gloria, que no es la efímera de la Tierra, sino de aquella que correrá de boca en boca entre los grupos artísticos de los ángeles del cielo.

A nadie deberá extrañar, que alguna vez haya errado el Sr. Rosas en el conocimiento de los hombres. Del V. P. Fr. Luis de Granada, luz de la Iglesia, se dice en su Vida, que un año o dos antes de morir se engañó, aprobando como bueno el espíritu de cierta religiosa, que a poco se vió que era espíritu malo, espíritu de Satanás. La excesiva bondad de su corazón, tenía, en gran parte, la culpa de tales errores.

No ignoro que algunas de estas Obras no llegaron a prosperar, otras quedaron a medias. ¿Sabéis por qué? Porque uno de los más crueles y más continuos martirios de los grandes hombres es que no se les comprende; y que no hallan colaboradores o segundas manos que estén a la altura de su genio o de su virtud, y tienen que resultar

sus obras deficientes, pues ellos no pueden hacerlo todo. Tenéis un ejemplo de este martirio en el Divino Salvador: en tanto que el Maestro empezaba la parte cruenta de la grande Obra de la Redención, sudando sangre y agonizando allá en el huerto, los discípulos dormían

Si alguna vez el mundo se atrevió a murmurar alguna o algunas de las Obras de beneficencia de este Señor, fué o porque el sello de las Obras de Dios es la persecución, o porque veían las deficiencias de que he hablado, sin fijarse en las causas, ni en la grandeza de la caridad que las había creado.

¿Qué móvil pudo tener en tales Obras este santo varón? No el interés pecuniario, pues que en ellas gastaba hasta lo que tenía: no la gloria mundanal, porque sabía que no le había de venir por ellas; y si lo hubiera sospechado, habría prescindido. La fé y la caridad fueron el único origen de sus Obras.

Cada una de esas Casas, Colegios o talleres podría hacer un libro de todos los ejemplos de virtud, detalles de edificación, palabras de sabiduría que dejó sembrados en ellos este gran sembrador de verdades y virtudes. Todo eso está escrito en el cielo.

¡Cuánto peso para un hombre, y para un hombre del carácter de aquel Señor que quería verlo todo, saberlo todo, informarse de todo, y hasta hacerlo todo!

Las obras de que he hablado tal vez no durarán mucho tiempo sin la vigilancia ya del fundador; pero su obra principal, el espíritu de fé transfundido en esta elegida y bendita tierra queretana, tiene que durar largos años. Porque el orador, el confesor, y con mayor razón el Apóstol, y no Apóstol Misionero que va de paso, sino que vive 50 años en una sociedad, se empeña y se desvive en transfundir (es la palabra) su espíritu en el inmenso grupo de almas que se ha confiado a su Apostolado; como la forma se transfunde en la materia, como el alma en el cuerpo hasta sus venas, arterias, fibras y últimas extremidades. Tengo para mí, que de un medio siglo a esta parte, una infinidad de almas entre nosotros se ha de salvar; y debido en gran parte a las irradiaciones de este foco recep-

tor de las influencias del Espíritu Santo. Erat vir bonus, plenus Spiritu sancto et fide.

* * *

Debo concluir. No me ocuparé de los últimos días y últimos momentos de la preciosa vida del Venerando Señor. El biógrafo que vendrá en pos de mí, lo hará como no merece tan memorable acontecimiento. Solamente diré: que su muerte fué preciosa, como lo fué su vida; que el Señor Dios en sus altos juicios le deparó para morir una época la más propia para amargar su espíritu: la situación del mundo entero, y la de nuestra pobre patria, recibió sus últimos instantes: quiso el Señor aumentar sus Coronas al Sr. Rosas depurando su espíritu, y haciéndole beber hasta las heces, un cáliz de la hiel más escogida * Los últimos instantes de los santos, son los más perfectos, y de más mérito ante Dios. La Iglesia desolada . . . dispersos muchos de sus hijos o discípulos . . . esperando la última hora en casa extraña . . . ¡Qué parecido con el Redentor! . . . ¡Qué ejemplo dió de todas las virtudes! ¡Qué paciencia! ¡Qué humildad y resignación! ¡Qué fortaleza! ¡Cuánta fidelidad en el cumplimiento del deber! La víspera de morir aun tuvo el acuerdo ordinario para el gobierno de la Diócesis. ¡Qué espíritu eclesiástico tan fuerte y concentrado! Dejó de celebrar el Santo Sacrificio, cuando materialmente su cuerpo ya no pudo sostenerse; y no se desnudó de su santa sotana para morir, como no se la desnudaba todas las noches para dormir en toda su vida. Poco antes de morir, cubrió de besos, por largo rato, a una imagen de su Madre Santísima de Guadalupe.

Espira el Santo; y las gentes se apresuran a tocar rosarios en su cuerpo, y a llevarse como reliquias las flores que adornan su cadáver. Infinidad de personas acuden a su entierro, que lo fué en la Capilla del Panteón de San Sebastián.

Parece que le veo sonriente a los pies de la Augusta Trinidad, presentándole modestamente un poco de gloria que le conquistó en la Tierra, y recibiendo en recom-

* Manus mæe distillaverunt mirrham primam. Cant. Cantic.

31

pensa una corona de luces de oro y escogida pedrería, y que le oye decir al Señor: Euge serve bone et fidelis; intra in gaudium Domini tui: Muy bien lo has hecho, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor, y que, dando en seguida una mirada a nuestro pobre suelo queretano dice: Bendita Tierra! bendita Querétaro! bendito Seminario! benditos talleres! bendito Santa María! benditas penas y trabajos! que tanta gloria me han producido! y a nosotros en seguida: Imitatores mei estote, sicut et ego Christi: sed mis imitatores, como yo lo he sido de Cristo.

.... Quo ego vado scitis, et viam scitis. Sabéis a donde he venido, y sabéis ya el camino.... Ego vici mundum.... He vencido al mundo!

Debo concluir, vuelvo a decirlos. Comprendo que nada he dicho. Con burdas pinceladas apenas he podido esbozaros la fisonomía del espíritu del Sr. Rosas. El historiador completará la Obra. Algunos de vosotros, quizá esperaríais que os refiriese algún milagro suyo: no sé que los haya hecho, pero tampoco me extrañaría que los hiciese, dado su espíritu y su virtud. Lo que sé es, que en el cielo, no se premian milagros sino virtudes; y yo os he presentado virtudes. Siento no haber estado a la altura de vuestros deseos; pero consideradme y compadecedme: he hecho lo que he podido: os he hablado como en familia, y con el corazón en la mano. Ante la orden de mis superiores me vi tentado a decirles: qué habéis hecho! Habéis puesto sobre mis hombros una carga superior a mis fuerzas. Sin talento, sin memoria, sin fantasía, sin estilo, y sin espíritu; y en el cortísimo plazo de 10 días y con las atenciones del Coro y demás, era mucho pedir. Pero me doblegó, además del mandato, el deseo de aborrazar algo de una deuda inmensa de gratitud personal para con aquel Santo Señor.

Réstame solo suplicaros, que así como el Sr. Rosas durante 50 años fué todo para todos, así ahora debemos todos ser todo para él haciendo por su pronta liberación del Purgatorio, cuantos sufragios estén a nuestro alcance, especialmente Misas e indulgencias.

¡Oh Señor y Dios altísimo! Sé que vuestros juicios son un abismo. En nombre de toda la Iglesia de Querétaro,

uestra fidelísima sierva y amante esposa, os ruego le perdonéis con una de vuestras grandes misericordias, las manchas que pudo contraer a su paso por este mundo, y que goce lo más pronto posible de vuestra Divina Esencia. Os lo pedimos todos por los Dolores de vuestra Santísima Madre.

¡Requiescat in pace!

Amén.

A. M. J. G.

NOTAS.

1. Aun cuando el asunto de esta modesta "Oración" pediría muchas notas; pero como sé que pronto saldrá a luz una bien escrita biografía del venerable Sr. Arcediano, me concretaré a las siguientes:

1. Es cierto que este texto se refiere literalmente a las obras hechas por Dios mismo; pero en sentido acomodaticio, puede aplicarse a las obras de los justos. Santo Tomás comentando este verso, dice: Operaria bona non sunt meritoria nisi fiant in fide, quia sine fide impossibile est placere Deo.

2. El actual Sr. Pro-Vicario Capitalar es el Sr. Canónigo Pbro. D. Pedro Vera, por delegación del Sr. Vicario Capitalar Cango, Lic. D. Manuel Reynoso, que por justas causas se haya en país extranjero.

3. Se hallaban presentes honrando la memoria del Venerable Sr. Rosas muy cerca de cuarenta Sres. Eclesiásticos de dentro y fuera de la ciudad: casi en su totalidad son discípulos del Sr. Arcediano.

4. La Sede episcopal de la Diócesis de Querétaro está vacante por muerte del Illmo. y Revdmo. Sr. Dr. D. Manuel Rivera. Elegido Vicario Capitalar el Sr. Canónigo Reynoso, tuvo que ausentarse, delegando el Gobierno de la Diócesis al Sr. Arcediano D. Florencio Rosas.

5. Según el censo de la Diócesis que se hizo hace algunos años, ese era el número de fieles de toda ella.

6. Así lo oí referir al Sr. Cura de Tequisquiapan Pbro. D. Gabino Herrera, que en su juventud fué morador de aquel célebre Convento, y a algún otro que no recuerdo.

7. El Sr. Arcediano confesaba a los alumnos, siendo Rector del Seminario cuando no emanaban todavía de la Santa Sede las recientes disposiciones sobre el particular.

8. En las vacaciones largas de fin de año, en la finca de Santa María, algunas veces hacíamos viajes por la noche.

9. En su viaje a Europa, tuvo el Sr. Rosas la dicha de conversar con el Venerable Padre D. Miguel Rúa, discípulo del Santo D. Juan Bosco, cuya canonización, según se cree, no tardará.

10. El mismo P. Bosco decía del P. Rúa, que lo conocía tanto, que creía podía hacer milagros, si quisiese. Nos decía el Sr. Rosas que él y el Sr. Rúa habían confrontado mucho en ideas; entre otras cosas v. g. sobre la no conveniencia de las representaciones teatrales en los Seminarios y Casas Religiosas de América; que en la vieja Europa, por desgracia aquello era un mal necesario.

31